



www.loqueleo.es

Título original: MOMO

© 1973, K. Thienemann Verlag

(Thienemann Verlag GmbH), Stuttgart/Wien

© De la traducción: 2014, Begoña Llovet Barquero

© De esta edición:

2023, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-513-3

Depósito legal: M-18.405-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2023

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Coordinación editorial:

Marta Olivares

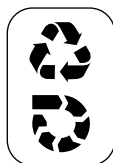
Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,

Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

MOMO

Michael Ende

loqueleg

*En la oscuridad brilla tu luz,
desde dónde, no lo sé.
¡Brilla tan cerca y sin embargo tan lejos!
No conozco tu nombre,
mas, seas lo que seas:
¡reluce, reluce, pequeña estrella!*

(Según una antigua canción infantil irlandesa).

PRIMERA PARTE

Momo y sus amigos

Una ciudad grande y una niña pequeña



En los viejos viejos tiempos, cuando los seres humanos aún hablaban en otras lenguas, completamente diferentes, ya existían grandes y espléndidas ciudades en los países cálidos. En ellas se levantaban los palacios de reyes y emperadores, había calles anchas, callejones estrechos y callejuelas intrincadas, se alzaban templos magníficos con estatuas de dioses de oro y mármol; había mercados multicolores donde se ofrecían mercancías de todos los rincones del mundo y plazas bellas y espaciosas en las que los ciudadanos se reunían para comentar las novedades y pronunciar o escuchar discursos. Y, sobre todo, había grandes teatros.

Estos tenían un aspecto similar al de los circos actuales, salvo que estaban contruidos en su totalidad con sillares de piedra. Las filas de asientos para los espectadores estaban dispuestas de manera escalonada, una encima de la otra, como en un gigantesco embudo. Vistas desde arriba, algunas de estas edificaciones tenían una forma redonda, otras más bien ovalada y otras

en cambio formaban un amplio semicírculo. Se las llamaba anfiteatros.

10 Había algunos que eran tan grandes como un estadio de fútbol y otros más pequeños, en los que solo cabían unos pocos centenares de espectadores. Había algunos suntuosos, engalanados con columnas y figuras, y otros que eran sencillos y carecían de adornos. Los anfiteatros no tenían tejado, todo se desarrollaba a cielo abierto. Por eso en los teatros suntuosos tendían tapices entretejidos de oro sobre las filas de asientos, para proteger al público de los ardientes rayos del sol o de imprevistos chubascos. En los teatros modestos, unas esteras de junco y paja cumplían la misma función. En una palabra: los teatros eran tal y como la gente se los podía permitir. Pero todos querían tener uno, ya que eran apasionados espectadores y oyentes.

Y, cuando escuchaban atentamente las vicisitudes emocionantes o cómicas que se representaban en el escenario, entonces experimentaban la sensación de que aquella vida interpretada era, de manera inexplicable, más real que su propia vida cotidiana. Y disfrutaban escuchando con deleite esa otra realidad.

Han transcurrido milenios desde entonces. Las grandes ciudades de aquella época se han desmoronado, los templos y los palacios han quedado derruidos. El viento y la lluvia, el frío y el calor han pulido y desgastado las piedras y de los grandes teatros quedan tan solo algunos vestigios. En los muros más agrietados, las cigarras

cantan ahora su monótona canción, que suena como si la tierra respirase en sueños.

Aun así, algunas de esas viejas y grandes ciudades siguen siendo grandes ciudades hoy en día. Naturalmente la vida en ellas es bien distinta a la de antaño. La gente se traslada en automóviles y tranvías, tiene teléfono y luz eléctrica. Pero aquí y allá, entre las modernas edificaciones, perviven aún un par de columnas, una puerta, un fragmento de muralla o incluso un anfiteatro de aquellos lejanos tiempos. Y en una de estas ciudades transcurrió la historia de Momo.

11

En las afueras, en el extremo meridional de esta gran metrópoli, allá donde dan comienzo los primeros campos y las cabañas y las casas son cada vez más míseras, se encuentran, escondidas en un bosquecillo de pinos, las ruinas de un pequeño anfiteatro. En aquellos tiempos tampoco se contaba entre los ostentosos; digamos que ya por aquel entonces era un teatro para gente más bien humilde. En nuestros días, es decir, en la época en la que tuvo su comienzo la historia de Momo, las ruinas habían caído casi totalmente en el olvido. Solo un par de profesores universitarios de Arqueología tenían constancia de su existencia, pero ya no les interesaban porque allí ya no había nada más que investigar. Tampoco era un monumento que se pudiera comparar a otros que había en la gran ciudad. Así pues, por allí solo se extrañaban de vez en cuando algunos turistas que subían y bajaban por los sillares cubiertos de hierba, hacían ruido, disparaban una fotografía para el recuerdo y se iban de

nuevo. Después el silencio retornaba al círculo de piedra y las cigarras entonaban la siguiente estrofa de su interminable canción que, por lo demás, en nada se diferenciaba de la anterior.

En realidad, solo conocían esta curiosa edificación circular las gentes de los alrededores. Allí apacentaban a sus cabras, los niños usaban el círculo central para jugar a la pelota y, a veces, por la noche, era el punto de encuentro de las parejas de enamorados.

12 Pero un día, entre las gentes del lugar corrió la voz de que en los últimos tiempos alguien habitaba en las ruinas. Decían que era una personilla de poca edad, presumiblemente una niña. De todas maneras, no se podía afirmar a ciencia cierta, ya que iba vestida de un modo un poco estafalario. Al parecer se llamaba Momo, o algo por el estilo.

En efecto, el aspecto de Momo era un tanto extraño, y probablemente podía asustar un poco a quienes conceden gran importancia al aseo y al orden. La niña era pequeña y bastante delgada, de tal suerte que incluso con la mejor voluntad no se podía saber si tenía solo ocho años o si ya había cumplido doce. Lucía un pelo alborotado y lleno de rizos negros como la pez que parecía no haber tenido aún ningún contacto con un peine o unas tijeras. Tenía unos ojos muy grandes, preciosos y también negros como la pez, y sus pies presentaban ese mismo color, ya que casi siempre andaba descalza. Solo en invierno llevaba de vez en cuando unos zapatos, pero no eran iguales, sino de diferentes pares, y además le quedaban demasiado grandes. Y esto era así porque Momo, en realidad, no poseía nada,

excepto aquello que encontraba por ahí o que le regalaban. Su falda se componía de retales multicolores cosidos entre sí y le llegaba hasta los tobillos. Por encima llevaba una chaqueta de hombre, vieja y demasiado grande para ella, con las mangas recogidas a la altura de las muñecas. Momo no las quería cortar porque era previsora y pensaba que aún tenía que crecer. Y quién sabe si algún día volvería a encontrar de nuevo una chaqueta tan bonita y tan práctica, con todos esos bolsillos.

Bajo el escenario cubierto de hierba del teatro en ruinas se hallaban un par de cámaras medio derruidas a las que se podía acceder a través de una abertura del muro exterior. Ahí se había instalado confortablemente Momo.

Un mediodía se acercaron allí algunos hombres y mujeres de los alrededores e intentaron tirarle de la lengua haciéndole un montón de preguntas. Momo estaba de pie frente a ellos y los miraba con cierto recelo, ya que temía que esa gente fuese a echarla de allí. Pero enseguida se percató de que se trataba de gente amable. Ellos mismos eran pobres y conocían la vida.

—Bueno —dijo uno de los hombres—, ¿así que te gusta esto?

—Sí —contestó Momo.

—¿Y quieres quedarte aquí?

—Sí, me gustaría.

—Pero ¿es que no te esperan en ninguna parte?

—No.

—Lo que quiero decir es que... ¿no tienes que volver a casa?

—Esta es mi casa —aseguró Momo con prontitud.

—¿De dónde eres, chiquilla?

Momo hizo un movimiento indeterminado con la mano, como si estuviera señalando algún lugar lejano.

—Y, entonces, ¿quiénes son tus padres? —siguió preguntando el hombre.

La niña se quedó mirando al hombre y a los demás con desconcierto y se encogió levemente de hombros. Los presentes intercambiaron miradas y suspiraron.

14 —No tienes nada que temer —prosiguió el hombre—, no vamos a echarte de aquí. Solo queremos ayudarte.

Momo asintió en silencio, pero sin estar aún convencida del todo.

—Dices que te llamas Momo, ¿verdad?

—Sí.

—Es un nombre muy bonito, pero nunca antes lo había oído. ¿Quién te lo puso?

—Yo —replicó Momo.

—¿Tú misma te has puesto ese nombre?

—Sí.

—¿Cuándo naciste?

Momo se quedó pensativa durante unos instantes y finalmente dijo:

—Hasta donde me alcanza la memoria, siempre he existido.

—Pero ¿es que no tienes ninguna tía, ningún tío, ninguna abuela, nada de familia en absoluto, con la que puedas quedarte?

Momo miró al hombre y enmudeció durante unos segundos. Después musitó con voz queda:

—Esta es mi casa.

—Sí, bueno —replicó el hombre—, pero no eres más que una niña. Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Cien —titubeó Momo.

La gente empezó a reírse, porque creían que era una broma.

—Ahora en serio, ¿cuántos años tienes?

—Ciento dos —respondió Momo aún un poco insegura.

Pasó un buen rato hasta que la gente se dio cuenta de que la niña tan solo conocía un par de números que había pescado al vuelo, aun cuando no sabía exactamente lo que significaban, porque nadie le había enseñado a contar.

—Escucha —dijo el hombre después de haber consultado con los demás—, ¿te parece bien que le comuniquemos a la policía que estás aquí? Entonces te llevarán a una residencia donde tendrás comida y cama, y donde aprenderás a contar, a leer y a escribir y muchas más cosas. ¿Qué te parece, eh?

Momo le miró horrorizada.

—No —dijo en un susurro—, no quiero ir ahí. Ya estuve una vez. También había otros niños. Las ventanas tenían rejas. Todos los días nos pegaban sin motivo alguno. Así que una noche salté el muro y me escapé. No quiero volver allí.

—Te comprendo —dijo un anciano asintiendo con la cabeza. Y los demás también lo comprendieron y asintieron.

—Está bien —exclamó una mujer—, pero aún eres pequeña. Alguien tiene que cuidar de ti.

—Yo misma —respondió Momo con gran alivio.

—¿Acaso sabes hacerlo? —inquirió la mujer.

Momo se quedó callada durante unos momentos y después respondió muy bajito:

—No necesito mucho.

De nuevo todos los presentes intercambiaron miradas, suspirando y asintiendo.

—¿Sabes una cosa, Momo? —tomó la palabra el hombre que había hablado al principio—, estamos pensando que tal vez podrías alojarte en casa de alguna de nuestras familias. Si bien nuestros hogares son pequeños y la mayoría de nosotros ya tenemos un montón de críos que alimentar, sin embargo, pensamos que donde comen tantos puede comer una boca más. ¿Qué te parece, eh?

16

—Gracias —exclamó Momo sonriendo por primera vez—, ¡muchas gracias! Pero ¿no podéis dejarme vivir aquí, y ya está?

Estuvieron deliberando entre ellos un buen rato y al final se pusieron de acuerdo. Porque ahí, opinaban, la niña podría vivir exactamente igual de bien que en casa de cualquiera de ellos, y querían ocuparse de Momo entre todos, ya que en cualquier caso sería más sencillo hacerlo todos juntos que uno solo.

Enseguida pusieron manos a la obra y comenzaron, en primer lugar, a limpiar la cámara medio derruida en la que vivía Momo para acondicionarla en la medida de lo posible. Uno de ellos, que era albañil, incluso construyó un pequeño hogar de piedra donde cocinar. Alguien

trajo un tubo oxidado de chimenea. Un viejo carpintero construyó una mesita y dos sillas atornillando algunos listones de unas cajas de madera. Y, finalmente, las mujeres trajeron una vieja cama de hierro adornada con volutas, un colchón que solo estaba un poquito estropeado y dos mantas. Aquel agujero de piedra situado bajo el escenario de la ruina se había convertido en un acogedor aposento. El albañil, que poseía talento artístico, pintó por último un bonito cuadro de flores en la pared. Incluso pintó el marco y el clavo del que parecía colgar el cuadro.

17

Y después vinieron los niños y los mayores y trajeron toda la comida sobrante que pudieron reunir: uno un trozo de queso, otro un pequeño bollo, el tercero algo de fruta, y así sucesivamente. Y, como había muchos niños, se congregó en el anfiteatro una multitud tal que todos juntos pudieron celebrar una verdadera fiestecita en honor del nuevo hogar de Momo. Fue una fiesta tan divertida como solo la gente pobre sabe celebrar.

De esta manera comenzó la amistad entre la pequeña Momo y los habitantes de los alrededores.

Una cualidad poco común y una pelea muy común



partir de aquel momento a Momo le fue muy bien, al menos desde su punto de vista. Ahora siempre tenía algo que llevarse a la boca, a veces más, a veces menos, a tenor de cómo estuvieran las cosas y de lo que le sobrara a la gente. Tenía un techo sobre la cabeza, una cama y cuando hacía frío podía encenderse un fuego. Y lo que es más importante: tenía muchos y buenos amigos.

Así que uno podría pensar que Momo había tenido muchísima suerte de haber dado con gente tan amable, y la propia Momo estaba convencida de ello. Pero pronto la gente también tuvo ocasión de comprobar que ellos no habían sido menos afortunados. Necesitaban a Momo y se extrañaban de que hasta entonces hubieran podido arreglárselas sin ella. Y, cuanto más tiempo llevaba la pequeña muchacha entre ellos, más imprescindible se les hacía; tan imprescindible que todos albergaban el temor continuo de que algún día pudiera marcharse.

De ahí que Momo tuviese muchísimas visitas. Casi siempre había alguien sentado a su lado en animada conversación. Y aquel que la necesitaba y no podía acercarse a verla enviaba a alguien a buscarla. Y a aquel que aún no se había dado cuenta de que la necesitaba los demás le decían: «¡Vete a ver a Momo!».

20 Estas palabras se convirtieron poco a poco en una frase hecha entre las gentes de los alrededores. Así como se dice: «¡Que te vaya bien!» o «¡Que aproveche!» o «¡Sabe Dios!», justo así se pronunciaba esta frase en todas las ocasiones posibles: «¡Vete a ver a Momo!».

Pero ¿por qué? ¿Tal vez es que Momo era tan increíblemente inteligente que sabía dar un buen consejo a cualquiera? ¿Es que encontraba siempre las palabras adecuadas cuando alguien precisaba consuelo? ¿Es que sabía pronunciar juicios sabios y justos?

No. Momo, como cualquier otra niña de su edad, no sabía hacer nada de eso.

Entonces, ¿es que Momo sabía hacer algo que ponía a los demás de buen humor? Por ejemplo, ¿sabía cantar de manera especialmente bella? ¿O sabía tocar un instrumento? ¿O es que, como vivía en una especie de circo, era capaz de ejecutar bailes o acrobacias?

No, tampoco era eso.

¿Tal vez sabía hacer magia? ¿Conocía alguna fórmula secreta con la que se podía ahuyentar cualquier preocupación o pena? ¿Sabía leer la palma de la mano o predecir de algún otro modo el futuro?

Nada de eso.

Lo que la pequeña Momo sabía hacer como nadie era escuchar. Eso no es nada especial, pensará tal vez algún lector; escuchar lo puede hacer cualquiera.

Pero se equivoca. Escuchar de verdad solo lo saben hacer muy pocas personas. Y la forma en que Momo sabía escuchar era absolutamente excepcional.

Momo sabía escuchar de tal manera que las personas con pocas luces de repente tenían ocurrencias brillantes. Y no es que ella dijese nada o hiciese preguntas que inspirasen en sus interlocutores tales pensamientos; no, ella tan solo permanecía ahí sentada y se limitaba a escuchar con gran atención e interés. Mientras escuchaba, miraba con sus ojos grandes y oscuros, y el otro sentía cómo de repente surgían de su cabeza pensamientos cuya existencia nunca hubiera sospechado en su interior.

Sabía escuchar de tal manera que la gente confusa o indecisa, de improviso, sabía exactamente lo que quería. O de modo que las personas tímidas se sentían de golpe libres y valerosas. Los que se sentían infelices y agobiados se volvían confiados y alegres. Y, si alguien pensaba que su vida era un fracaso total y no tenía sentido, y que tan solo era un número más entre millones de personas, un ser insignificante al que costaba tan poco reemplazar como una cazuela rota..., entonces iba y le contaba todo eso a la pequeña Momo. Y en el mismo instante en el que estaba hablando se daba cuenta de manera misteriosa y con total claridad de que estaba equivocado por completo, y de que él, tal y como era, era único entre todos los seres humanos, y que justo por eso era especialmente importante para el mundo.

¡Así sabía escuchar Momo!

Un día se presentaron en el anfiteatro dos hombres que se habían peleado a muerte y que ya no querían dirigirse la palabra, aunque eran vecinos. Los demás les habían aconsejado que fueran a ver a Momo, puesto que no podía ser que unos vecinos vivieran enemistados. Ambos se habían negado al principio, pero al final habían dado su brazo a torcer a regañadientes.

22 Ahora estaban ahí, en el anfiteatro, encerrados en su mutismo y con cara de pocos amigos, sentado cada uno en un extremo de las filas de asientos de piedra, mirando hacia el frente con aire sombrío.

Uno era el albañil que había hecho la chimenea y el bonito cuadro de flores del «cuarto de estar» de Momo. Se llamaba Nicola y era un tipo fortachón con un bigote negro y encrespado. El otro se llamaba Nino. Era flaco y siempre parecía un poco cansado. Nino era el arrendatario de un pequeño establecimiento a las afueras de la ciudad, en el que la mayoría de las veces solo se veía a un par de ancianos que se pasaban allí toda la tarde sin más bebida que un vaso de vino y hablando de los viejos tiempos. También Nino y su mujer, que estaba rellenita, se contaban entre los amigos de Momo y a menudo le llevaban algunas cosas ricas de comer.

Como Momo se había dado cuenta de que ambos estaban muy enfadados, al principio no sabía hacia cuál de los dos debía acercarse en primer lugar. Y, para no ofender a ninguno, al final se sentó a la misma distancia

de ambos, al borde del escenario de piedra, y se puso a mirarlos alternativamente. Tan solo estaba esperando que sucediera algo. Algunas cosas necesitan su tiempo, y tiempo era la única riqueza que poseía Momo.

Después de que los dos hombres hubieran estado así durante mucho rato, Nicola se levantó de improviso y dijo:

—Me voy. He demostrado mi buena voluntad al venir hasta aquí. Pero ya lo ves, Momo, este es un cabezota. ¿Para qué voy a seguir esperando?

Y efectivamente se dispuso a marchar.

—¡Sí, lárgate de una vez! —le gritó Nino—. No tendrías ni que haber venido. ¡Yo no me reconcilio con un delincuente!

Nicola giró en redondo. Su rostro estaba rojo de cólera.

—¿Quién es aquí un delincuente? —inquirió en tono amenazador al tiempo que regresaba sobre sus pasos—. ¡Dilo otra vez!

—¡Lo diré todas las veces que quieras! —exclamó Nino—. ¿Acaso crees que porque eres fuerte y bruto nadie se va a atrever a decirte las cosas a la cara? ¡Pero yo sí, yo te las digo a ti y a todos los que quieran escucharlas! ¡Sí, anda, ven aquí y mátame, como quisiste hacerlo ya una vez!

—¡Ojalá lo hubiera hecho! —rugió Nicola apretando los puños—. ¡Pero ya lo ves, Momo, cómo miente y calumnia! ¡Tan solo le agarré del cuello de la camisa y le tiré al charco de agua de fregar que había detrás de su tabernucha! Ahí no se puede ahogar ni siquiera una rata.

Y, volviéndose a Nino de nuevo, le gritó:

—¡Por desgracia aún estás con vida, como se puede ver!

24 Durante un largo rato estuvieron intercambiando los más terribles insultos y Momo no conseguía enterarse ni por asomo de lo que había sucedido y de por qué los dos hombres estaban tan enfadados. Pero poco a poco fue sabiendo que Nicola había cometido esa vileza solo porque Nino antes le había propinado una bofetada en presencia de algunos de sus parroquianos. Y, con anterioridad a eso, Nicola había intentado hacer añicos toda la vajilla de Nino.

—¡Eso no es verdad! —se defendía Nicola, exasperado—. ¡Una sola jarra es lo que estrellé contra la pared, y encima ya estaba resquebrajada!

—¡Pero era *mi* jarra!, ¿entiendes? —replicó Nino—. ¡Y, en cualquier caso, no tienes derecho a hacer algo así!

Nicola estaba convencido de haber actuado de manera justa, puesto que Nino le había ofendido en su honor de albañil.

—¿Sabes lo que dijo sobre mí? —le preguntó a Momo—. Dijo que yo no era capaz de construir ni siquiera una pared recta porque estaba borracho día y noche. ¡Y que incluso mi bisabuelo ya había sido así y había trabajado en la construcción de la torre inclinada de Pisa!

—Pero, Nicola —respondió Nino—, ¡era solo una broma!

—¡Bonita broma! —exclamó Nicola con resentimiento—. ¡A mí no me hace ninguna gracia!

Sin embargo, después se puso de manifiesto que, con esa broma, Nino tan solo había querido responder a

otra broma de Nicola. Lo que había sucedido es que una mañana apareció escrita en letras rojas en la puerta de Nino la siguiente frase: «El que vale, vale, y el que no... a tabernero».

Y, de nuevo, la bromita no le hizo ninguna gracia a Nino.

Así que siguieron discutiendo durante un buen rato encarnizadamente cuál de las dos bromas había sido la mejor, acalorándose cada vez más. Hasta que, de repente, se quedaron callados.

Momo los estaba mirando con los ojos muy abiertos y ninguno de los dos podía interpretar el significado de esa mirada. ¿Estaba riéndose de ellos por dentro? ¿O estaba triste? Su rostro no denotaba nada. Pero los dos hombres se sintieron de repente como si estuvieran viéndose a sí mismos en un espejo y comenzaron a sentirse avergonzados.

—Bueno —dijo Nicola—, quizá no debería haber escrito eso en tu puerta, Nino. Y no lo habría hecho si no te hubieras negado a servirme un vaso de vino. Es contrario a la ley, ¿lo sabes? Porque siempre te he pagado y no tenías ningún derecho a tratarme así.

—¿Cómo que no? —replicó Nino—. ¿Es que no te acuerdas de aquel asunto del san Antonio? ¡Ah, ahora te has puesto pálido! Bien que me engañaste, como a un tonto, y no tengo por qué aguantar algo así.

—¿Yo a ti? —gritó Nicola negando violentamente con la cabeza—. ¡Fue todo lo contrario! ¡Tú sí que me querías tomar el pelo, pero no lo conseguiste!

La cosa fue así: en el pequeño establecimiento de Nino colgaba de la pared un cuadro con una imagen de san Antonio. Era una lámina en color que Nino, en cierta ocasión, había recortado de una revista para enmarcarla.

Un día Nicola quiso comprarle ese cuadro a Nino..., por lo visto porque le parecía muy bonito. Y Nino, regateando hábilmente con Nicola, le había convencido de que le diese su aparato de radio a cambio. Nino se moría de risa por dentro, porque el cambio era a las claras muy desventajoso para Nicola. Y cerraron el trato.

Pero, mira por dónde, resultó que entre la imagen y el cartón posterior apareció un billete del que Nino no sabía nada. Ahora, de repente, era él el que había hecho un mal negocio, y eso le enfureció. Sin más rodeos le exigió a Nicola la devolución del dinero, argumentando que este no estaba incluido en el trato. Nicola se negó y en consecuencia Nino no quiso servirle. Así había comenzado aquella pelea.

Cuando terminaron de recordar los orígenes de la discusión, ambos se quedaron callados durante unos instantes.

Entonces Nino preguntó:

—Dímelo de una vez con la mano en el corazón, Nicola, ¿ya sabías lo del billete antes de cerrar el trato o no?

—Pues claro. Si no, no habría hecho el trueque.

—¡Entonces tienes que reconocer que me engañaste!

—¿Cómo dices eso? ¿Es que de verdad tú no sabías nada de aquel billete?

—¡No, palabra de honor!

—Ah... Pues muy bien. Entonces el que quería tomarme el pelo eras tú. ¿Cómo podías exigir mi radio a cambio de ese insignificante recorte de periódico, eh?

—¿Y cómo es que tú sabías lo del dinero?

—Porque hacía un par de noches había visto a un parroquiano meterlo allí como ofrenda a san Antonio.

Nino se mordió los labios.

—¿Era mucho?

—Ni más ni menos de lo que valía mi radio —contestó Nicola.

—Entonces toda nuestra pelea —reflexionó en voz alta Nino— tan solo se debe al san Antonio que recorté del periódico.

Nicola se rascó la cabeza.

—En realidad, sí —murmuró entre dientes—. Si quieres, te lo devuelvo con gusto, Nino.

—¡No, hombre! —contestó Nino muy digno—. ¡Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita! Un apretón de manos es suficiente entre caballeros.

Y, de repente, los dos estallaron al mismo tiempo en una carcajada. Bajaron los escalones de piedra, se encontraron en mitad de la plaza cubierta de hierba y se abrazaron al tiempo que se daban unas cuantas palmadas en la espalda. Después los dos rodearon con sus brazos a Momo y le dijeron:

—¡Muchas gracias!

Cuando al cabo se marcharon, Momo les siguió diciendo adiós con la mano aún un buen rato. Estaba muy contenta de que sus dos amigos hubieran hecho las paces.

En otra ocasión, un muchacho le trajo su canario porque ya no quería cantar. Esta vez la tarea le resultó mucho más ardua a Momo. Tuvo que estar escuchándolo durante toda una semana hasta que, finalmente, comenzó a trinar y gorjear con júbilo.

Momo escuchaba a todos, a los perros y a los gatos, a los grillos y a los sapos, sí, incluso a la lluvia y al viento que soplaba entre las ramas de los árboles. Y todo le hablaba a su manera.

28

Algunas noches, cuando todos sus amigos ya se habían marchado a casa, ella se quedaba sola todavía un buen rato en el gran círculo de piedra del viejo anfiteatro, sobre el que se alzaba la gran bóveda estrellada del cielo, y simplemente se dedicaba a escuchar con atención ese gran silencio.

Entonces le parecía como si estuviera sentada en el centro de una inmensa oreja hasta la que llegaban los sonidos del firmamento. Y le parecía como si estuviera escuchando una música queda y al mismo tiempo poderosa, que le calaba muy hondo en el alma.


En noches como aquellas siempre tenía sueños especialmente hermosos.

Y quien todavía piense que escuchar no es nada especial que lo intente tan solo una vez, a ver si es capaz de hacerlo igual de bien.

Una tempestad de mentira y una tormenta de verdad

29

Por supuesto, cuando Momo escuchaba, no hacía distinciones entre adultos y niños.

 Pero había otra razón por la que a los niños les gustaba tanto ir al viejo anfiteatro. Desde que Momo estaba allí, jugaban mejor que nunca. Ya no existían momentos de aburrimiento. Y esto no se debía a que Momo les hiciera buenas sugerencias. No, Momo tan solo estaba allí presente y participaba en sus juegos. Y justo por eso, no se sabe cómo, a los propios niños se les ocurrían las mejores ideas. Todos los días inventaban nuevos juegos, a cual más bonito.

Un día bochornoso y agobiante había unos diez u once niños sentados en los escalones de piedra esperando a Momo, que se había ido a dar un paseíto por los alrededores, como tenía por costumbre hacer de vez en cuando. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones. Probablemente pronto estallaría una tormenta.

—Mejor me voy a casa —dijo una muchacha que iba con su hermano pequeño—, los rayos y los truenos me dan miedo.

—¿Y en casa? —le preguntó un chico que llevaba gafas—. ¿Es que en tu casa no te dan miedo?

—Sí, también —contestó la muchacha.

—Entonces te da lo mismo quedarte aquí —opinó el chico.

La chica se encogió de hombros y asintió. Al cabo de un rato dijo:

—Pero a lo mejor Momo no aparece.

30

—¿Y qué? —intervino en la conversación otro chico que tenía un aspecto un poco descuidado—. No por eso vamos a dejar de jugar a algo, podemos hacerlo sin Momo.

—Vale, pero ¿a qué?

—Yo tampoco lo sé. Pues a cualquier cosa.

—Cualquier cosa no quiere decir nada. ¿Quién tiene una idea?

—A mí se me ocurre algo —dijo un chico gordito con una voz aguda como de niña—. Podríamos jugar a que todo este círculo es una gran nave y vamos navegando por mares desconocidos y vivimos aventuras. Yo soy el capitán, tú eres el primer timonel y tú eres un investigador, un profesor, porque se trata de un viaje de exploración, ¿entendéis? Y los demás son marineros.

—Y las chicas ¿qué somos?

—Marineras. Es un barco del futuro.

¡Era un plan estupendo! Intentaron jugar, pero no se podían poner de acuerdo en la forma de hacerlo, y el juego no fluía. Al cabo de un rato todos estaban sentados de nuevo en los escalones de piedra esperando.

Y entonces llegó Momo.

Se oía el bramido del oleaje que la proa del barco levantaba a su paso. El buque oceanográfico Argo cabeceaba suavemente arriba y abajo en las olas, mientras avanzaba sin preocupación alguna, a toda máquina, hacia los Mares de Coral del Sur.

Desde tiempos inmemoriales, ningún barco había osado surcar aquellas aguas tan peligrosas, pues estaban cuajadas de bajíos, arrecifes coralinos y monstruos marinos desconocidos. Y, sobre todo, rondaba por allí el así llamado «ciclón errante», un ciclón que nunca descansaba. Una y otra vez recorría incansable esos mares en busca de su botín como si fuese un ser animado y, aún se diría más, taimado. Su trayectoria era imprevisible. Y nada de lo que caía en las garras gigantescas de aquel huracán volvía a aparecer hasta que quedaba reducido a astillas tan finas como una cerilla.

Por supuesto, el barco oceanográfico Argo estaba equipado de manera especialmente adecuada para enfrentarse a aquel encuentro con el «ciclón errante». Se hallaba fabricado en su totalidad con acero azul de Almont, un material elástico e irrompible como la hoja de una daga. Y, merced a su particular procedimiento de fabricación, estaba fundido por entero en una sola pieza, sin ningún tipo de soldadura ni junta.

Sin embargo, difícilmente cualquier otro capitán y cualquier otra tripulación hubieran tenido el arrojo de exponerse a esos peligros tan extraordinarios. Pero el capitán Gordon sí lo tenía. Desde el puente de mando paseaba con orgullo la mirada entre sus marineros y

marineras, todos ellos probados expertos en sus respectivos ámbitos de especialización.

Junto al capitán se encontraba el primer timonel, don Melú, un lobo de mar de pura cepa, que ya había sobrevivido a ciento veintisiete huracanes.

32 Un poco más atrás, sobre la cubierta, se podía ver al profesor Eisenstein, el director científico de la expedición, con sus dos asistentes, Maurin y Sara, que con sus prodigiosas memorias suplían varias bibliotecas juntas. Los tres estaban inclinados sobre sus instrumentos de precisión y deliberaban en voz baja en su complicada jerga científica.

Un poco apartada de ellos se encontraba la bella nativa Momosan, con las piernas cruzadas. De vez en cuando, el investigador le hacía preguntas sobre algunos detalles singulares de aquellos mares, y ella le contestaba en su melodioso dialecto hula, que tan solo entendía el profesor.

El objetivo de la expedición era hallar el origen del «ciclón errante» e intentar acabar con él, en la medida de lo posible, para que otros barcos pudiesen surcar de nuevo aquellos mares. Pero de momento todo seguía tranquilo y no había ningún indicio de tempestad.

De pronto, un grito del vigía que estaba en el puesto de observación arrancó de golpe y porrazo al capitán de sus pensamientos.

—¡Capitán! —gritó desde allí arriba haciendo bocina con las manos—. ¡O yo me he vuelto loco o verdaderamente estamos delante de una isla de cristal!

El capitán y don Melú se dispusieron de inmediato a mirar por sus catalejos. También el profesor Eisenstein y sus asistentes se acercaron interesados. Tan solo la bella indígena permaneció sentada tan tranquila. Las enigmáticas costumbres de su pueblo le prohibían demostrar curiosidad.

Enseguida arribaron a la isla de cristal. El profesor comenzó a desembarcar por la escala de cuerda que colgaba de la borda y posó los pies sobre la superficie transparente. Era extraordinariamente resbaladiza y el profesor Eisenstein tenía serias dificultades para mantenerse en pie. La isla era redonda y tenía un diámetro de unos veinte metros. Más o menos en el centro la superficie se levantaba como una cúpula. Una vez que el profesor hubo alcanzado el punto más alto, pudo apreciar con total nitidez una luz titilante en lo más profundo de aquella isla.

Comunicó sus observaciones a los demás, que le esperaban ansiosos, apoyados en la barandilla del barco.

—Por lo que dice —opinó Maurin, la asistente—, debe de tratarse de un *Ogromunfo bistrocinalis*.

—Es posible —replicó Sara, la otra asistente—, pero también podría tratarse de un *Tragocio alfombrífero*.

El profesor Eisenstein se enderezó, se ajustó bien las gafas y gritó dirigiéndose a los que estaban ahí arriba:

—En mi opinión, se trata de una variedad del *Calcestinus rechinantis*. Pero no podremos saberlo hasta que lo hayamos estudiado desde ahí abajo.

Al oír aquellas palabras, tres marineras, que además eran submarinistas de fama mundial y estaban ya

embutidas en sus trajes de bucear, saltaron al agua y desaparecieron en el azul profundo del océano.

Durante un buen rato tan solo fue posible apreciar algunas burbujas en la superficie marina, pero de repente emergió una de las muchachas, que se llamaba Sandra, y gritó con voz entrecortada:

—¡Se trata de una medusa gigante! Las otras dos submarinistas están atrapadas entre sus tentáculos y no pueden liberarse de ellos. ¡Tenemos que ayudarlas antes de que sea demasiado tarde!

34

Y dicho esto se sumergió de nuevo.

Inmediatamente se arrojaron al agua cien hombres rana a las órdenes de Franco, alias «el Delfín», su experimentado capitán. Una lucha denodada se desencadenó bajo el agua y la superficie quedó cubierta de espuma. Pero ni siquiera aquellos valerosos hombres consiguieron liberar a las dos muchachas del terrible abrazo de la medusa. ¡La fuerza de aquel monstruo enorme era demasiado grande!

—Hay algo... —dijo el profesor frunciendo el ceño y dirigiéndose a sus asistentes—, hay algo en este océano que provoca un crecimiento exagerado en los seres vivos. ¡Esto es sumamente interesante!

Entretanto el capitán Gordon y don Melú, su primer timonel, que llevaban un buen rato deliberando, tomaron una decisión.

—¡Regresen aquí! —gritó don Melú—. ¡Todo el mundo a bordo! Cortaremos al monstruo en dos pedazos, si no, no nos será posible liberar a las dos muchachas.

El Delfín y sus hombres rana subieron de nuevo a bordo por la escala. El Argo dio marcha atrás un pequeño trecho y luego se lanzó hacia delante a toda máquina, dirigiéndose hacia la medusa gigante. La proa de aquel barco de acero cortaba el mar como una cuchilla de afeitar. Casi sin hacer ruido y sin siquiera un pequeño temblor, partió a la medusa gigante en dos mitades.

La maniobra albergaba un cierto peligro para las dos muchachas aprisionadas en los tentáculos, pero el primer timonel había calculado con total exactitud su posición y dirigió el barco justo por el punto medio entre las dos. Al instante los tentáculos de las dos mitades de la medusa perdieron su fuerza y cayeron exangües, y las prisioneras pudieron soltarse.

Fueron recibidas en el barco con un gran alborozo. El profesor Eisenstein se dirigió hacia ellas y dijo:

—Ha sido culpa mía. No tenía que haberos enviado ahí abajo. ¡Perdonadme por haber puesto en peligro vuestras vidas!

—No hay nada que perdonar, profesor —contestó una de las muchachas con una sonrisa alegre—. Al fin y al cabo, para esto hemos venido.

Y la otra muchacha añadió:

—El peligro es nuestra profesión.

No hubo tiempo para más charla. Tras los trabajos de rescate, el capitán y la tripulación se habían olvidado por completo de vigilar el mar. De modo que solo ahora, en el último instante, se percataron de que, en ese espacio de tiempo, el «ciclón errante» había hecho su aparición

en el horizonte y se aproximaba al Argo a una velocidad vertiginosa.

36

Una ola gigantesca se estrelló contra el barco, lo levantó a las alturas en su cresta, lo tumbó y lo tiró desde arriba hundiéndolo en una sima oceánica de unos cincuenta metros de profundidad. Ya con esa primera embestida, una tripulación menos experimentada y valerosa que la del Argo hubiera acabado, sin duda alguna, la mitad arrojada fuera de la borda y la otra mitad desmayada. Sin embargo, el capitán Gordon estaba bien plantado en el puente de mando, como si no hubiera pasado nada, y toda su tripulación había aguantado igualmente imperturbable. Tan solo la bella indígena Momosan, que no estaba habituada a esos viajes tan peligrosos, se había subido a un bote salvavidas. En pocos segundos el cielo se cubrió de nubarrones negros como la pez. El tornado se abalanzó, aullando y bramando, sobre el barco y lo catapultó desde las más elevadas alturas hasta los abismos más profundos. Se diría que su furia iba en aumento de minuto en minuto al comprobar que no podía acabar con el acerado Argo.

El capitán impartió con tono sosegado sus órdenes, que después el primer timonel repitió en voz alta. Todos estaban en sus puestos.

Ni siquiera el profesor Eisenstein y sus asistentes habían dejado a merced de las olas sus instrumentos. Estaban calculando dónde podía ubicarse el núcleo interno del tornado, ya que era allí donde el barco debía dirigirse. El capitán Gordon admiraba en silencio la sangre fría de

aquellos científicos que nunca se las habían tenido que ver de tú a tú con el mar, como él y su tripulación.

Un primer rayo centelleó desde las alturas y fue a dar contra el barco de acero, que se cargó totalmente de electricidad. Allá donde uno se agarraba, saltaban chispas. Pero todos los tripulantes del Argo llevaban meses entrenándose con duros ejercicios. A ninguno le afectaba.

Lo único malo era que las partes más finas del barco, como las amarras de acero y las barras de hierro, comenzaron a ponerse al rojo vivo como el filamento de una bombilla eléctrica, y eso empezó a dificultar un poco el trabajo de la tripulación, si bien todos llevaban puestos guantes de amianto. Por suerte, pronto se enfriaron esas piezas, ya que comenzó a caer una lluvia tan copiosa como nadie a bordo –excepto don Melú– había visto jamás. Una lluvia tan densa que pronto desplazó el aire para respirar. La tripulación tuvo que ponerse máscaras de buceo y aparatos de respiración.

¡Rayo sobre rayo y trueno sobre trueno! ¡La tempestad ululaba!

¡Olas altas como torres y espuma blanca!

El Argo avanzaba metro a metro a toda máquina, luchando contra la fuerza bruta de aquel ciclón. Los maquinistas y los fogoneros hacían esfuerzos sobrehumanos desde las profundidades de la sala de calderas. Se habían amarrado a los asientos con unas gruesas sogas para que los terribles balanceos y los bruscos movimientos del barco no los lanzasen a las fauces ardientes de las calderas de vapor.

Y entonces, por fin, llegaron al centro del ciclón. ¡Pero qué panorama se abrió ante sus ojos!

Sobre la superficie del océano, que aquí estaba liso como un espejo porque la fuerza del huracán había barrido todas las olas, bailaba un ser monstruoso. Se sostenía sobre una pierna, iba haciéndose más grueso por la parte de arriba y de hecho parecía una peonza de hojalata de la altura de una montaña. Giraba sobre su eje con una velocidad tal que no era posible apreciar más detalles.

38

—¡Un *Sum-Sum gomalasticum*! —exclamó el profesor con entusiasmo mientras se colocaba de nuevo las gafas, que se le habían resbalado de la nariz a causa de la abundante lluvia.

—¿Sería usted tan amable de explicarnos esto un poco mejor? —refunfuñó don Melú—. Somos sencilla gente de mar y...

—Ahora no moleste al profesor —dijo quitándole la palabra Sara, su asistente—. Se trata de una ocasión única. Ese ser giratorio procede probablemente de los estadios más tempranos de la evolución terrestre. Debe de tener más de mil millones de años. Hoy en día solo queda una variante microscópica que a veces se encuentra en la salsa de tomate, y de manera excepcional en la tinta verde. Es probable que este ejemplar de gran tamaño sea el único superviviente de su especie.

—Pero nosotros estamos aquí —gritó el capitán a través del ulular de la tempestad— para terminar con la causa del «ciclón errante». ¡Así que el profesor nos tiene que decir cómo acabar con este engendro!

